

La literatura árabe y España

por Pedro Martínez Montávez (1)

(N. de la R.: Publicamos la primera parte de la comunicación presentada por el autor en la reunión de expertos convocada por la UNESCO, sobre el tema "La literatura árabe y Europa" y celebrada en Lisboa entre el 1 y 3 de junio de 1981. La segunda parte se publicará en el próximo número).

1. ACERCA DE LA ACTUALIDAD DEL MUNDO ARABE

Es evidente que el mundo árabe está alcanzando, de unos años a esta parte, un protagonismo notable, y en algunos casos sorprendente, en el ámbito occidental, y concretamente en el europeo. Esto es la simple comprobación de un hecho, y por ello se dice con una intención sencillamente descriptiva y puntual, totalmente carente en principio de valoraciones o cualificaciones. Y para admitir la naturaleza y el alcance de ese hecho real, creemos que no hay más que reparar, aunque sea brevemente, en los medios de comunicación social: el eco y la presencia que en todos ellos alcanza la temática general árabe —insisto, sin entrar de momento en análisis internos ni ponderaciones— resulta, desde luego, considerable, y en ciertas ocasiones, absolutamente significativo y relevante.

(1) Catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la Universidad Autónoma de Madrid y Rector de esta Universidad.

Sin abordar por tanto, de momento, otras posibles valoraciones, desde luego que a la postre más reveladoras e importantes, cabe pensar que se trata de un hecho de carácter básicamente cuantitativo e indiscriminado, carente en su mayoría de unos criterios de selección y de variedad mínimamente adecuados y equitativos. O que está sometido también, en última instancia, al mismo procedimiento sofisticado, servil e implacable de selección y filtrado de temas, asuntos y noticias, que es el característico de nuestra época: totalmente desvinculado del hombre corriente, decidido y puesto en ejecución en círculos oscuros e impenetrables, éticamente muy poco escrupuloso, fuertemente agresivo y traumatizador, quizá impecable en lo técnico. En cualquier caso, lo que cabe pensar también es que se trata ante todo de un hecho, inicialmente, de coyuntura, dependiente de motivaciones, planteamientos y objetivos ante todo políticos y económicos, y explicable especialmente desde tales perspectivas.

No obstante, resulta pertinente atender a esta nueva dimensión de interés y presencia que el mundo árabe alcanza en el ámbito occidental, europeo. En realidad, tampoco resulta un hecho radicalmente inédito y sin precedentes, sino que, por el contrario, viene en buena medida a reanudar y remodelar toda una compleja y singular trama de relaciones establecidas desde antiguo, sumamente oscilantes y diversificadas, rebeldes a las teorizaciones y sistematizaciones; en cualquier caso, casi siempre actuantes, y necesarias. La zona de flexión, el nuevo capítulo que se observa, indudablemente, en la relación Europa-Mundo árabe, vienen explicados también por el hecho de las profundas transformaciones internas que ambas "comunidades" han experimentado: transformaciones absolutamente radicales, pero que, por encima y al margen de cualquier otro planteamiento, deben obligar al establecimiento de un diálogo desnudo y directo, a la habilitación de los instrumentos y medios de mutuo conocimiento e información, hasta su máximo grado de desarrollo, potenciación y fiabilidad. Cada día es mayor la necesidad que tenemos de más y mejores conocimientos parciales, sectoriales, locales —y el profundo respeto que merecen— porque cada día estamos más necesitados también de nuevas concepciones globales, más convencidos —si somos lúcidos— de la unidad final de nuestro destino de hombres. Lo que debe ser también una fecunda realidad: el amplio y plural diálogo cultural europeo-árabe no ha hecho sino, muy tímidamente, esbozarse, pero puede y debe ser desarrollado al máximo. Seamos realistas: resulta complicado, difícil, sutil, seguramente frágil y vulnerable, pero también, tanto natural como obligado. Quizá algunos pueden pensar que insignificante o secundario, comparado con otros campos de actividad implacables y mastodónticos; pero sin duda no menos sólido, y desde luego más profundo y menos contingente. En todo este vasto marco de acercamiento, de mutuas atenciones e intereses, el conocimiento de los caminos y métodos específicos de creación artística adquiere particular relevancia. Y la literatura, ahí, resulta especialmente significativa e importante; sencillamente, insustituible.

2. EL CONOCIMIENTO DE LA LITERATURA NEO-ARABE

Quizá a algunos pueda sorprender el conocimiento e información nada desdeñables (hablando en términos relativos) que de la literatura árabe moderna —la que podemos llamar la “literatura neo-árabe”— se tiene en el ámbito español, especialmente a través de la vía de las versiones, a lengua castellana, de diversas obras más o menos representativas y de autores más o menos valiosos, aunque en líneas generales quepa afirmar que la selección de unas y de otros, hasta ahora, ha resultado bastante acertada. Al hablar de conocimiento e información nada desdeñables, naturalmente que lo estoy haciendo en términos, además, de contrastes. Por una parte, con el panorama global de la literatura árabe traducida al español; por otra, con el muy deficiente conocimiento que, de las que podemos llamar “literaturas extrañas”, se tiene en el medio cultural español; y por último, con el panorama de traducciones, versiones, estudios, etc... que se tiene, en otras grandes lenguas occidentales, de textos literarios árabes modernos. En este último sentido hay que dejar bien sentado, desde luego, que la labor realizada en España no sólo es comparable a la hecha en otros países occidentales o áreas idiomáticas, sino que, en ciertas ocasiones y aspectos, la supera. Y a veces, lo que quizá también resulte sorprendente para algunos, la ha precedido. En este terreno, el arabismo español carece, prácticamente en absoluto, de la “dependencia europea” que, en otros, parcialmente ha venido caracterizándole.

Las primeras muestras dignas de mención de este inicial interés por la literatura neo-árabe se concretan a mediados de los cincuenta. No es un azar, naturalmente, y motivaciones de muy diversa índole y categoría concurren en tal circunstancia. Por ejemplo: internacionalmente hablando, el mundo árabe sale de la Segunda guerra mundial definitivamente acufiado interlocutor válido y autónomo, y empieza a plantear una amplia problemática, de hondo y plural carácter y sentido nacionales preferentemente, que desborda sin embargo sus límites físicos para alcanzar una cada vez mayor repercusión mundial. Por los mismos años, el arabismo universitario y oficial español empieza a asomarse, por fin, al mundo árabe, y a ponerse en relación humana, directa e inmediata, con él. Junto al conocimiento teórico y libresco, de base académica y científica, se producirá ahora la intransferible, reveladora y singular experiencia personal, absolutamente insustituible y enriquecedora como pocas. Asimismo, el “renacimiento” literario neo-árabe brinda ya a esas alturas —y a pesar de todo lo que pueda discutirse al respecto, y de las polémicas internas que desate— un panorama de cierto atractivo, concretado en nombres, tendencias, grupos, generaciones, temas, de indudable entidad y, en buena medida, ampliamente representativos. Cabe decir que, al menos, es posible detectar ciertos “islotés” o “cumbres” en esa vasta geografía de la literatura neo-árabe, en donde el nivel temático o referencial resulta tan alto y encomiable como el nivel estético. Por ello, no es un mero azar que los primeros textos seleccionados, traducidos y brevemente comentados correspondan, por ejemplo, a algunos de los “grandes maestros egipcios” como Ṭahā Ḥusayn o Tawfiq al-Ḥakīm, o a figuras máximas del *Mahyar* septentrional, como Miḥāʾī Naʿīma o

Ŷubrān Jalīl Ŷubrān. Creo que se va perfilando un mayor interés y atención hacia la producción poética, ampliándose un tanto indiscriminadamente la nómina de nombres antologizados. Y parece oportuno recordar que toda esta modesta labor no se produce sólo en la metrópoli; en ese particular apéndice colonialista que fue el protectorado español en el norte de Marruecos, se dieron algunas tentativas encomiables —más aún, si se tiene en cuenta el escasísimo apoyo oficial que tales iniciativas encontraban— que cristalizaron especialmente en las páginas de revistas como *Almotamid* o *Ketama*.

Este movimiento inicial se mantiene a lo largo de la decena de los sesenta, y cabe afirmar que ya se encuentra definitivamente asentado, dentro de su aún discreto radio de alcance y repercusión social, y a pesar de haber experimentado alguna pequeña fluctuación de índole interna que no vale la pena mencionar aquí. A estas alturas, por consiguiente, parece oportuno e ilustrativo efectuar un balance de la labor realizada hasta ahora en este campo, y trazar asimismo su particular semblanza descriptiva y analizadora.

Como se ha insinuado en líneas anteriores, esa actividad se originó en el seno del arabismo académico (como no podía dejar de ocurrir, por otra parte) y eso contribuyó decisivamente para que surgiera con un carácter claramente restringido y minoritario. No queremos aprovechar la ocasión para terciar, aquí, en algunos interesantes aspectos de la agria polémica desatada de unos años a esta parte en torno al "orientalismo" —que, por cierto, cabe plantear no sólo a base del conocidísimo libro de Edward W. Saïd— y bástenos con afirmar que evidentemente, y al margen de cualquier otra especie de ponderaciones de distinto signo, ese orientalismo occidental sólo en muy contadas ocasiones ha acertado a salir del específico *ghetto* socio-cultural en el que se le recluye. En el tema que nos ocupa, tampoco podía ser de otra manera, sin duda, pero tal carácter restringido y minoritario se agrava además por otro hecho aún más condicionante: casi todas las publicaciones en que se recoge esa labor responden a diversas iniciativas de organismos e instituciones más o menos oficiales, y que en general carecen de una política comercial de suficiente alcance y envergadura. La circulación de esas obras resulta por tanto muy limitada, y francamente débil también, en última instancia, el posible impacto social y cultural que podrían alcanzar. Aparte las cortapisas electivas o ideológicas con que, en ocasiones, se comportan.

Si el tema del conocimiento cabal y la amplia difusión de la literatura árabe nos preocupa seriamente, y queremos establecer medios y caminos adecuados que garanticen su consecución, el punto que aquí suscitamos resulta de especial relevancia. Yo no conozco exactamente cómo se plantea en otros países o en otras áreas idiomáticas, pero sospecho que debe de ser en términos muy parecidos a los que, para la española, expongo. Resulta absolutamente necesario vencer el indudable desafecto que las grandes casas editoriales han venido mostrando hacia la producción literaria árabe, fenómeno solamente incumplido en muy contados casos, y casi siempre cuando se trataba de textos clásicos de literatura medieval,

que de alguna manera podían contar de antemano, por muy diversas razones, con una acogida mayoritaria favorable garantizada, porque de alguna manera entraban en el "círculo de apetencias" del gran público: caso, por ejemplo, de las diversas versiones del *Corán* o de las *Mil y una noches* —"clásicos" por excelencia, para el convencional y esquemático mundo occidental, del genio árabe. Y en el contexto español, por razones obvias, de algún que otro texto de literatura andalusí: el *Ṭawq al-ḥamāma*, o *Collar de la paloma*, del cordobés Ibn-Ḥazm, como muestra máxima. En tal orden de cosas puede resultar tanto revelador como sencillamente sorprendente la extraordinaria acogida que recientemente ha encontrado en mi país la versión al castellano de un texto híbrido, tan turbio, ambiguo y atractivo como la personalidad que lo escribió: *Las Memorias del rey zirí granadino* 'Abd-Allāh. Es un éxito que se explica por muy variadas razones, y en las cuales, por descontento, entra también lo positivo de un lanzamiento comercial tan atractivo como parcialmente exagerado.

Obviamente, lo que aquí se sugiere, y sobre lo que se insiste fervorosamente, no va dicho en términos de oposición ni de exclusiones. Ni la necesaria atención de las instituciones oficiales u oficializadas ha de verse menoscabada o disminuida por la actuación de las editoriales o empresas comerciales de indudable envergadura, al menos media, ni la "batalla del gran público" ha de ir en detrimento del círculo de especialistas, afectos o iniciados profesionales. Naturalmente que todo ello ha de plantearse en términos complementarios y de apoyo. Ahora bien, lo que sí requerirá esa labor de captación editorial que propugnamos, es un planteamiento previo riguroso, un detenido estudio, que aborde el tema desde las muy diversas perspectivas que en él se implican, y que interesan tanto a su aspecto técnico y de lanzamiento comercial como de adecuada selección —esto resulta sumamente importante— de los textos a traducir y a poner al alcance del lector occidental —en este caso concreto, del español— y de la circunstancia y maneras en que ello se verifique. Ni puede traducirse cualquier texto, ni debe hacerse de cualquier manera o por cualquier conducto. A la postre, el descuido de estos aspectos irá sólo en detrimento del principal objetivo que nos mueve: el correcto conocimiento y la mayor difusión de la mejor y más representativa literatura árabe de nuestro tiempo, en todos sus aspectos, géneros y tendencias. Sencillamente, lo que ya puede ofrecer en cierto grado, y ya merece.

Me permito insistir, pues, en la absoluta necesidad de sensibilizar al mundo empresarial editorial al respecto, y en la conveniencia y oportunidad, asimismo, de incluir la mayor parte de tales traducciones en las grandes colecciones existentes, de alguna manera, si ello es posible, y preferentemente, de carácter orgánico, especial o monográfico. Pienso también que la circunstancia actual, al respecto, puede resultar bastante favorable, y lo que en los años anteriores se daba con carácter más o menos excepcional, puede ahora producirse casi como habitual. Yo creo que la experiencia española, al menos ejemplificada a través de algunos casos relativamente recientes, aboga por esa línea de superación de la "edición oficial" o de la claramente profesionalizada, aunque tampoco

esta tarea esté exenta, seguramente, tanto de importantes dificultades como de hechos sumamente significativos y que van más allá de su aparente carácter anecdótico. En apoyo de lo que digo puedo traer a colación la difusión y el impacto, relativamente amplios, que en mi país han obtenido algunas publicaciones, como la *Antología de poesía árabe contemporánea* —lamentablemente, carente de cualquier criterio crítico selectivo auténticamente fundamentado— incluida en la *Colección Austral*, o los *Poemas políticos* de Kabbani, en la prestigiosa colección poética de *Visor*, o la recientísima versión al castellano de *al-Mawt fī-l-ḥayā* (“La muerte en la vida”) de Bayātī, o la antología aparecida con el título de *El poema es Filistín*. De cualquier manera, me permito volver a insistir en lo conveniente que resultaría que, en la medida de lo posible, trataran de aplicarse unos rigurosos criterios selectivos, y que afecten tanto a la índole y representatividad del texto a traducir, en su faceta de contenido y de mensaje, como a su categoría estrictamente estética.

A la par, existe otra vía de penetración, seguramente más inmediata, pero posiblemente también más perecedera, que no ha sido aprovechada todavía con la amplitud y la constancia deseables: me estoy refiriendo, naturalmente, a la prensa, y en especial a la revista cultural de cierta circulación y nivel. Limitando mis referencias y mis datos, asimismo, al caso español, hay que reconocer que tal labor no se ha acometido todavía con la intensidad y decisión deseables y que, en conjunto, resultan hasta ahora muy escasos y poco significativos los pasos dados en tal sentido. A mi modo de ver, sin embargo, ahí radica uno de los principales caminos a transitar, y posiblemente, cada vez más asiduamente. Las espaciadas iniciativas recogidas hasta ahora en revistas como *La Pluma*, *Camp de l’Arpa*, *Primer Acto*, o *Revista de Occidente*, o más minoritarias, como las de ámbito preferentemente universitario, deben acrecentarse y diversificarse, sin duda alguna. En la actual coyuntura socio-política y cultural de España, por otra parte, no cabe tampoco desdeñar la tribuna que asimismo puede brindar la prensa, de similares características, de alcance regional o de entidades autónomas.

Con todo, sin embargo, yo estoy firmemente convencido de que toda esta importantísima labor, infraestructural digamos, cuyo propósito es preferentemente posibilitar el acceso del lector común occidental a la literatura árabe, en versiones tanto fieles como cuidadas y atractivas, tiene que abordar ya, con no menor decisión, complementarse decididamente con otra tarea algo más larga y prolija, de mayor exigencia de estudio y reflexión, no menos necesaria. En buena medida se trata de una segunda fase, vinculada y coherente, y la experiencia española, a este respecto, está empezando a resultar también sumamente ilustrativa. Como muchos pueden suponer, estoy aludiendo al estudio y comentario crítico a fondo, ya, de esa literatura árabe, al menos en sus figuras, nombres, tendencias, fenómenos y rasgos más relevantes y representativos. Aquella primera etapa de la simple traducción del texto seleccionado, o a lo más acompañado de una breve presentación situacional o de un escueto apunte crítico, está empezando ya, en muchos aspectos, a ser superada, y ello es precisamente un síntoma de madurez, tanto del objeto de nuestra

atención principal: la literatura árabe, como de la naturaleza y alcance de nuestra labor. Vuelvo a llamar la atención en este punto sobre el proceso que se está siguiendo en el caso español. En buena medida, la valoración que están empezando a obtener algunos nombres preeminentes de la literatura árabe de nuestro tiempo: Bayātī, Adonis, Kabbani, Tawfīq al-Ḥakīm, pongo por caso, se apoya en el hecho de los estudios y ensayos estilísticos y críticos —muy pocos aún, desde luego— que empiezan a aparecer sobre su obra. O sobre otros importantes campos de producción propiamente de carácter intelectual, como el pensamiento nacionalista. El hecho, por otra parte, rebasa con creces la pura anécdota temática, estética o personal. Son facetas y rasgos muy importantes de la sociedad y de la cultura árabes, con toda su complejísima problemática conexas y trabada, los que ahí se recogen, indagan, evalúan y revelan. Para el Occidente, absolutamente carente de informaciones fiables e interpretaciones garantizadas y objetivas de los temas y problemas específicos del mundo árabe, sometido en ello a las más tremendas distorsiones de la realidad y las imágenes más falseadas, consciente o inconscientemente, toda esta labor resultará de una extraordinaria utilidad. Es un ejemplo de "ciencia con-ciencia" absolutamente paradigmático, y cuya enorme importancia todos debemos advertir como merece. El panorama temático, mental, vivencial y de problemas se amplía extraordinariamente, como no podría dejar de producirse, y con todas las ventajas y enriquecimientos que ello supone; y así se empieza a atender también, por ejemplo, a la literatura infantil, o a la compleja experiencia teatral árabe contemporánea, o a diversos aspectos de la literatura popular, etc... Con todo ello, lo sociológico, lo antropológico, lo psicológico y lo ideológico, al menos, no hacen sino encontrar más y mejores posibilidades de aplicación.